

La Bolsa y la especulación

Jorge Porthé

Ingeniero Técnico Agrícola

Desde siempre han existido quienes han dedicado, y muchas veces dado, su vida por descubrir el método que los condujera a la panacea de la riqueza. Y por diversos medios algunos lo han logrado, siempre cumpliendo con la regla de que, para tener mucho, otros muchos deben dejar de tenerlo, regla que, desgraciadamente, con el tiempo se confirma cada vez con mayor virulencia.

En esta búsqueda, uno de los métodos menos violentos por sus formas, aunque no por sus resultados, ha sido el intentar la acumulación de riqueza por medio de la especulación.

Revisando la historia de los últimos tres siglos se pueden encontrar grandes episodios de especulación que, con rasgos comunes y recurrentes, nos alertan acerca de la actitud del ser humano ante hechos que él mismo genera.

Ya en el siglo XIV funcionaron activos mercados de valores en Génova, Florencia y Venecia, aunque la primera Bolsa moderna surgió en Amsterdam a comienzos del XVII, casualmente el mismo sitio en el que también tuvo efecto la primera de las grandes explosiones especuladoras conocidas. En este caso, el objeto de la especulación fueron los bulbos de tulipanes, que llegaron por primera vez a Amberes a mediados también del siglo XVI. Con el tiempo, la valoración que de estos se hizo creció extraordinariamente, hasta llegar a atribuirse un enorme prestigio a la posesión y cultivo de la planta. Todos los mecanismos que desatan la euforia especulativa se dispararon en los años treinta del siguiente siglo,

hasta llegar a la extravagancia de que en 1636 un bulbo podía cambiarse por un carruaje con sus caballerías. Pero el final llegó en 1637, dejando no solamente un gran número de especuladores empobrecidos, sino a la economía holandesa sumergida en una gran depresión que, por supuesto, afectó también a aquellos que no habían entrado en la rueda especulativa por no tener con qué hacerlo.

Un sin fin de ejemplos, como los del escocés Law y la Compañía del Mississipi en París, «la Burbuja» y la Compañía de los Mares del Sur, en Londres, en la segunda década del siglo XVIII, y la tradición norteamericana de crisis financieras hasta llegar al «Crack del 29», no hacen más que confirmar lo que aparentemente es una regla: individuos e instituciones son cautivados por el interés en acrecentar su riqueza generando una acción acumulativa que, a su vez, produce un movimiento alcista de los precios del objeto u objetos de especulación (bulbos de tulipán, arte, propiedades inmobiliarias, acciones), que retroalimenta el interés en comprar, por cantidades cada vez mayores, de los especuladores, hasta el momento en que, por algún motivo, se inicia la decepción masiva y el hundimiento.

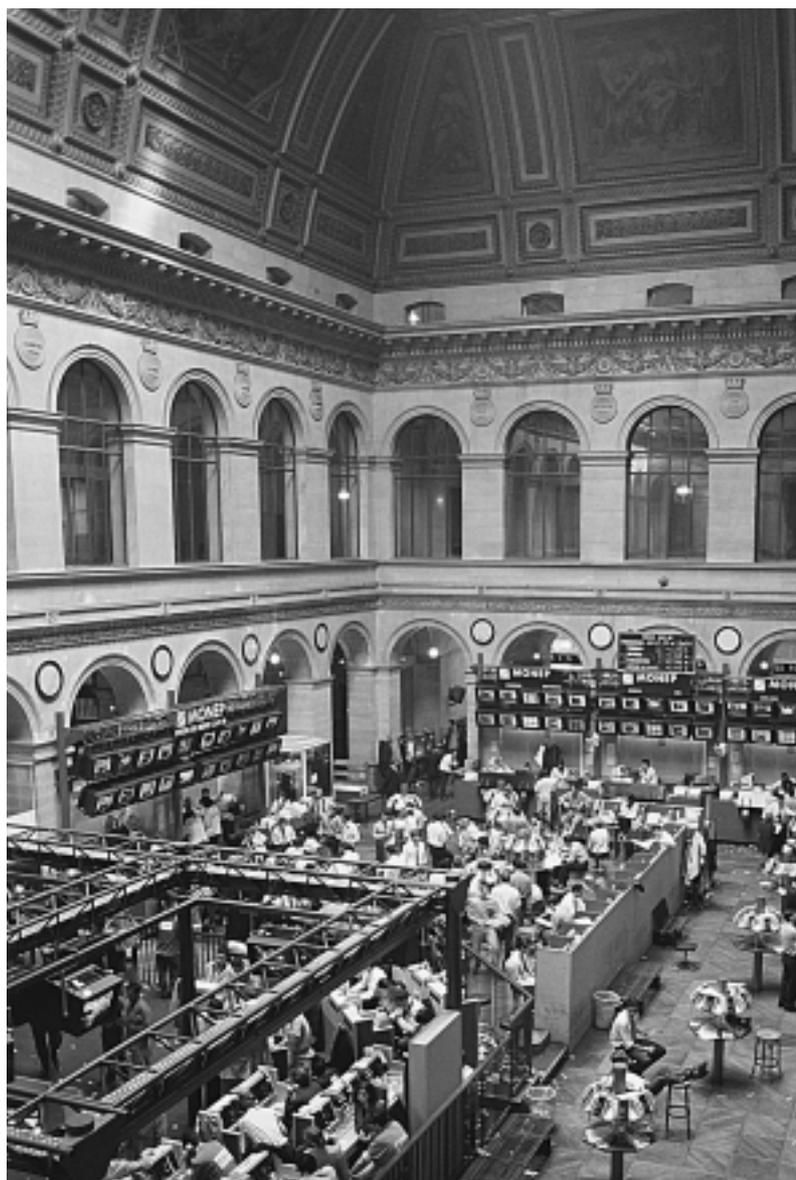
Es posible que las lecciones de la historia resulten ambiguas, aunque no es así en los casos de euforia financiera en los que las circunstancias que los inducen no han cambiado desde 1637. El interés desmedido por acrecentar la riqueza, la ilusión de inteligencia individual y de grupo que genera este aparentemente fácil y rápido in-

cremento, asociada a la idea pública del valor que confiere la posesión de dinero, la actitud colectiva de desesperado esfuerzo por escapar, generalmente infructuosa, que produce el inevitable hundimiento que nunca se presenta de forma paulatina, y la resistencia posterior a aceptar la propia responsabilidad y el amparo que en la actualidad se da a la teórica perfección intrínseca del mercado, buscando culpables e influencias distorsionadoras fuera, definen sin lugar a dudas todos y cada uno de estos eventos.

Sabemos que vivimos en una sociedad en la que el dinero es el rey, en la que la especulación lo controla todo y en un mundo en el que, con una economía globalizada, especialmente en el sector financiero, la economía real es cada vez menos importante. En este contexto, la moderna economía de libre empresa también se entrega a episodios recurrentes de gran especulación, especialmente de la mano de la especulación bursátil, que escapan a la sacrosanta y liberal capacidad de autorregulación del mercado, haciendo que el sistema económico imperante se desenvuelva dentro de una especie de euforia financiera constante.

Veamos cómo se llega a esto. Existen dos soluciones para hacer dinero. La primera es industrial: inventar y vender. La segunda es comercial o financiera: comprar y vender agregando un valor añadido; en otros términos: economía real y economía financiera. Así, la economía financiera nace de la necesidad que la economía real tiene de tomar prestado para realizar las inversiones en construcciones, maquinaria, equipos y demás elementos necesarios para inventar y vender.

A la luz de esta necesidad nace el llamado mercado de capitales, que tiene como principal cometido el de captar financiación para las em-



presas. En éste se utilizan básicamente dos instrumentos: la financiación crediticia (préstamos, créditos otorgados por entidades financieras, bancos, cajas) y los llamados valores, que pueden ser de renta fija (obligaciones y bonos) o de renta variable (acciones). Estas últimas traen aparejado un mayor riesgo, ya que su valor responde a las expectativas de beneficios futuros de la empresa, expectativas que dependen tanto de factores específicos de esa empresa como de tipo más general, la coyuntura económica, la situación política, etc., pero también la mayor posibilidad de beneficios.

Las bolsas de valores, «La Bolsa», son mercados especializados en renta variable cuyas principales funciones son las de organizar el mercado

de negociación y la difusión de la información que este mismo genera.

Hasta aquí todo parece lógico y necesario, y lo es. El problema se presenta al observar el funcionamiento de estos mercados en la práctica. Los sistemas financieros no se desarrollan en relación a la cantidad de dinero que se transfiere desde sectores económicos con superávit a inversores. Y peor aún, en muchas ocasiones su actividad principal termina siendo la de facilitar liquidez al mismo mercado financiero, lográndose así, no la necesaria financiación para el desarrollo de la economía real, sino un crecimiento económico por el crecimiento del sector financiero. De esta forma los mercados financieros terminan absorbiendo recursos económicos y humanos susceptibles de dedicarse a actividades productivas. Hay productos en la bolsa, como las opciones o los contratos de futuro sobre índices bursátiles, donde ni siquiera existe esa necesidad económica de captación de recursos por parte de la empresa. En la práctica, el sector financiero termina por adquirir una dinámica propia.

Así, el crecimiento de los mercados financieros y el volumen de transacciones termina siendo explosivo y no guarda relación con el aumento de la actividades productivas. A esto se suma la creciente internacionalización del mercado bursátil que aporta aún un mayor incremento de las transacciones financieras al margen de la economía real, profundizando la dinámica propia que el sector financiero adquiere.

En este contexto, la industria parece el paciente pobre, lo que ha contribuido a que las empresas centren su atención en la rentabilidad inmediata. De esta forma el mercado financiero llega a ejercer una verdadera tutela sobre la economía en general y sobre las empresas en particular, empujándolas a adoptar comportamientos y estrategias alejadas de su esencia productiva. Hay que satisfacer a los accionistas brindándoles «dividendos competitivos». Todo se pone en acción para maximizar los beneficios y el método más eficaz para aumentarlos a corto plazo es recortar los gastos menos urgentes: investigación, formación, prospección, que son los que permiten a las empresas preparar el futuro. Como vemos, la lógica financiera o especulativa termina oponiéndose claramente a la lógica industrial o creadora.

En esta cascada de despropósitos, producto de la necesidad intrínseca del sistema de obtener

cada vez más beneficios desde posturas puramente especulativas, los mercados financieros terminan incorporando además un potencial importante de inestabilidad por medio de la liquidez, al existir la posibilidad de vender acciones con gran rapidez por parte de los accionistas. La liquidez impulsa los planteamientos a corto plazo, lo que dificulta decisiones y programas que requieren recursos a largo plazo. La empresa termina transformándose en un paquete de acciones, todo es para vender, es sólo una cuestión de precio, el dinero es el fin, las cosas son los medios.

En definitiva, el excesivo valor conferido al dinero y la rentabilidad financiera son los factores decisivos de este entramado que se mueve impulsado por los mal llamados «estímulos productivos», debido a que el círculo vicioso que se establece termina transformándolos realmente en «estímulos especulativos».

El manejo de estos estímulos, llevado hasta el absurdo por el ultraliberalismo, termina igualando cínicamente al rico y al pobre, ya que al ser aplicados a cada uno de la forma adecuada para incitar el máximo esfuerzo llega a la conclusión de que los ricos necesitan como recompensa más dinero, por lo que deberán bajarse los impuestos, lo que trae aparejado más iniciativa, más producción, más ingresos privados y por ende más ingresos fiscales. Mientras que una reducción de subsidios o gastos sociales a las clases desfavorecidas generará un mayor esfuerzo por parte de sus integrantes, mayor producción y también mayores ingresos. O sea, los ricos necesitan el estímulo de mayores ingresos y los pobres el estímulo de menores ingresos, y así volvemos a 1637 en Amsterdam en que, inclusive aquellos que no pueden entrar en el gran juego terminan siendo sus principales víctimas.

Bibliografía

- Albert, Michel. *Capitalismo contra Capitalismo*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1992.
- Galbraith, John Kenneth. *Breve historia de la euforia financiera*. Editorial Ariel, Barcelona, 3.ª Edición, 1999.
- Suárez, Andrés S. *Manual del pequeño inversor. El valor del dinero*. Ediciones Pirámide, Madrid, 1997.
- Torrero, Antonio. *Estudio sobre el Sistema Financiero*. Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1989.